

Fernando Bordería: El contrabandista de tiempo

J. M. V.

Es médico, lo debe acreditar su orla pues no luce bata distintiva, ni tarjeta identificativa, ni en ningún momento recurre a esa jerga defensiva tan propia de la profesión que hace embarrancar a los profanos en la certificación de la ignorancia porque aunque se hayan aprendido con el tiempo los sufijos, los núcleos de las palabras siguen siendo tan inescrutables como los diseños del Señor.

Fernando es el responsable de la delegación de la Mutua en Benicarló, casi en la frontera norte de nuestra Comunidad, donde la alcachofa es la emperatriz de las verduras y el mar no se densifica demasiado en agosto. Son 13 años regentando el negocio y como casi todos sueña con primitivas que nunca rellena porque siempre acaban tocando a los demás y para qué va a perder el tiempo entonces.

Yo sí le conocía. Él no a mí. No he preparado guión alguno, confío en la receta de la conversación y en el intercambio de los electrones de los elementos que tienen facilidad para combinarse. Me pregunta, creo que sin ironía, si soy periodista. Por un momento me tienta el hacerme pasar por Iñaki Gabilondo pero como su voz es más grave y modulada que la mía, opto por articular un ingeniosísimo no a modo de respuesta.

Al principio cuesta. De costar y de pendiente, ambas acepciones tienen cabida en el azaramiento de los prolegómenos. No parece un hombre dado a cortejarse a sí mismo

pero se arrellana levemente en el sillón de atender pacientes y se va dejando caer. Las primeras gotas acaban por unificarse y forman primero un hilillo, luego una corriente continua de vivencias, de recuerdos, de polivalencias, de frustraciones, de una integridad superlativa.

Oriundo de Albaida, a la sombra del Benicadell (que quizá constituya su montaña favorita), quisiera tener veintidós años pero la tabla del dos lo fija implacablemente en el tiempo. Confía en llegar a utilizar la del cuatro. Mantiene las aes abiertas como granadas, las eles como lanzas y la cantinela de los pueblos de la Vall d'Albaida a pesar de que relata que una mujer lo engañó y lo nacionalizó benicarlando hace aproximadamente otros veintidós años. Le sigue llamando Susana y atiende por su mujer. En Albaida todavía le resiste, y que sea por muchos años, unos padres a los que visita con una periodicidad que procura mensual.

Cursó estudios de Medicina en Valencia y más tarde en Madrid, donde orientó su trayectoria hacia la especialidad de médico de empresa y como muestra de su trasero inquieto se especializó también en medicina tropical.

Con estas credenciales profesionales se marchó para el África negra, ese lugar donde debajo de cada mosca suele aparecer un niño sin lagrimales. Al antiguo Zaire y actual República Democrática del Congo, a Buta, en el norte próximo a la República Centroafricana, como jefe de la Cooperación Internacional tutelada por el Ministerio de Asuntos Exteriores, al frente de un hospital con 200 camas y un área sanitaria



para la formación de nativos. Y aunque el cargo suene a embajador plenipotenciario, me confiesa que calzaba unas zapatillas agujereadas e indumentaria de ropavejero. Sucedió en el 83, bajo el gobierno autocrático de Mobutu Sese Seko, un dictador sanguinario que cumplió a la perfección el cometido de todos los dictadores: no dejar vivir. Fernando habla despectivamente de los oropeles y las viandas de las fiestas de los blancos en Kinshasa, a las que se vio obligado a asistir en alguna ocasión, mientras él se peleaba por obtener cloroquina para combatir la malaria.

Pero se volvió donde las alcahofas, porque aunque al principio se fue solo, a los cuatro meses se le unieron Susana, una hija que aún gateaba y un varoncito que caminaba con la impericia propia de los dos años. Cuando hubo que decidir, las diferencias culturales y educacionales se le antojaron insalvables y la corrupción indigerible.

Fueron dos años que le marcaron porque el hierro del África profunda y candente en el costado es indeleble.

De aquel Zaire de Mobutu a la Mutua, qué extrañeza, tan lejos de la línea del Ecuador. Una vez instalado en Benicarló simultaneó los accidentes laborales con la pediatría, otra de sus especialidades. Visitando a los niños con esa campechanía y esa coloquialidad en el habla que más le acerca al amigo bohemio (que lo es no porque uno lo intuya sino porque él mismo lo reconoce) que al médico. Dos simulacros de cachete, dos pseudotirones de oreja, le sirven para tocarles los ganglios a los niños con disimulo y comprobarles la rigidez de una nuca sin meningitis antes de comenzar con la formalidad (en Fernando lo formal entendido como ortodoxia se minimiza hasta el límite de lo imprescindible) de la visita.

Cuando me intereso por sus actividades al margen de la medicina y me empieza a enumerar sólo la mitad de ellas, el resorte de mi envidia dispara instintivamente la pregunta acerca de quién le vende

tiempo, mediante qué birlibirloque ha conseguido contrabandearlo. Fernando larga alguna expresión certera, a caballo entre la barbaridad y la ternura, en ese valenciano cantarín de las comarcas centrales y con una pátina de melancolía refiere que esa es su principal necesidad, que no es hombre de descapotables con pedigrí ni de otros materialismos que pueden encontrarse en Harrod's, que profesa aversión a los hoteles y para contrarrestarla se hospeda en una autocaravana que decidió comprarse hace no sabe cuánto.

Practica el montañismo, el piragüismo, el submarinismo, es un buen conocedor de las flores de montaña, algo que requiere de mucho latín; es acuarelista pero ni expone ni vende. Toca la flauta travesera en la Banda Municipal de Benicarló, se defiende con el violín, fue uno de los impulsores del Grupo de Astronomía de Castellón y mantiene un observatorio astronómico en su propia casa con el que trata de descubrir qué planeta posee el día más largo para mudarse a su órbita. Es radioaficionado, pertenece a una sociedad de bonsais y se ha construido un pequeño invernadero donde ha plantado cafetos y otras especies vegetales para hacer las probaturas que su alma de biólogo diletante forjada en el autodidactismo le exige, en su afán de descubrir las esencias y de descubrirse cada día a sí mismo, una de las pocas fórmulas para no caer en manos de la reiteración tediosa de los días.

Actualmente está trabajando en un estudio sobre la migración de las aves que sobrevuelan los espacios celestes benicarlándos y que ha titulado ya *Els pardals de ma casa*, en el que conjuga sus conocimientos ornitológicos con sus dotes como acuarelista, sazonado con textos en valenciano y en castellano porque como el libro lo dibuja y lo escribe hacia adentro, no se preocupa demasiado de los rigores estilísticos.

Tras hacerme perder el aliento, Fernando se remansa, se retrepa en

el sillón y destapa el arcón de sus frustraciones: su falta de formación científica, sus matemáticas, su física, su química poco menos que rudimentarias, su sueño derretido de dedicarse a la investigación sobre cualquier aspecto de la biología o la genética, trabajar por ejemplo al lado de Santiago Grisolia. Y refiere la oportunidad perdida de haberlo hecho junto a Alfred Giner Sorolla, quien le ofreció marcharse a Tampa (Florida) con sesenta mil y alojamiento (las penurias de ser investigador). Pero ya con la familia a pleno rendimiento, se echó para atrás acosado por la opresión de las circunstancias que suelen trancar las carreras de muchos hombres y mujeres potencialmente brillantes. También alude a su lucha con las palabras para transcribir sus ideas con la misma claridad y sinceridad con la que se le manifiestan, aquello de Juan Ramón Jiménez de *inteligencia; dame el nombre exacto de las cosas*. Se lamenta por carecer de ese don y de esa resolución.

Pasada la galerna existencial, sonrío, y amortigua la voz, y de nuevo un hálito de tristeza se le trasluce en su rostro travieso, hasta el punto de confesarse mediocre sin un asomo de falsa modestia. Y como un buen silencio es en ocasiones más expresivo que un petrolero repleto de palabras, apenas digo nada, quizá, no recuerdo demasiado bien, musitase entre dientes bendita mediocridad mientras me seguía preguntando en que constelación o en que botica traficaría con el tiempo Fernando.

